

GENTLEMAN

EL VALOR DE LA ELEGANCIA

NÚMERO 19. 4€ / 9,50 USD

Especial Náutica

**EL DESAFÍO
DE LOS GRANDES
HORIZONTES**

RIVA

EL ROLLS-ROYCE DEL MAR

GRANDES VELEROS

LAS RUTAS MÁS LUJOSAS

MODA, RELOJES, ACCESORIOS

250 AÑOS

DE VACHERON CONSTANTIN

LOS PAISAJES CANARIOS

REINVENTADOS EN **ABAMA**

CALVIN KLEIN

ELEGANCIA INTERIOR

Gary Cooper en la
cubierta de su yate,
atracado en el puerto
de Boston, 1933.

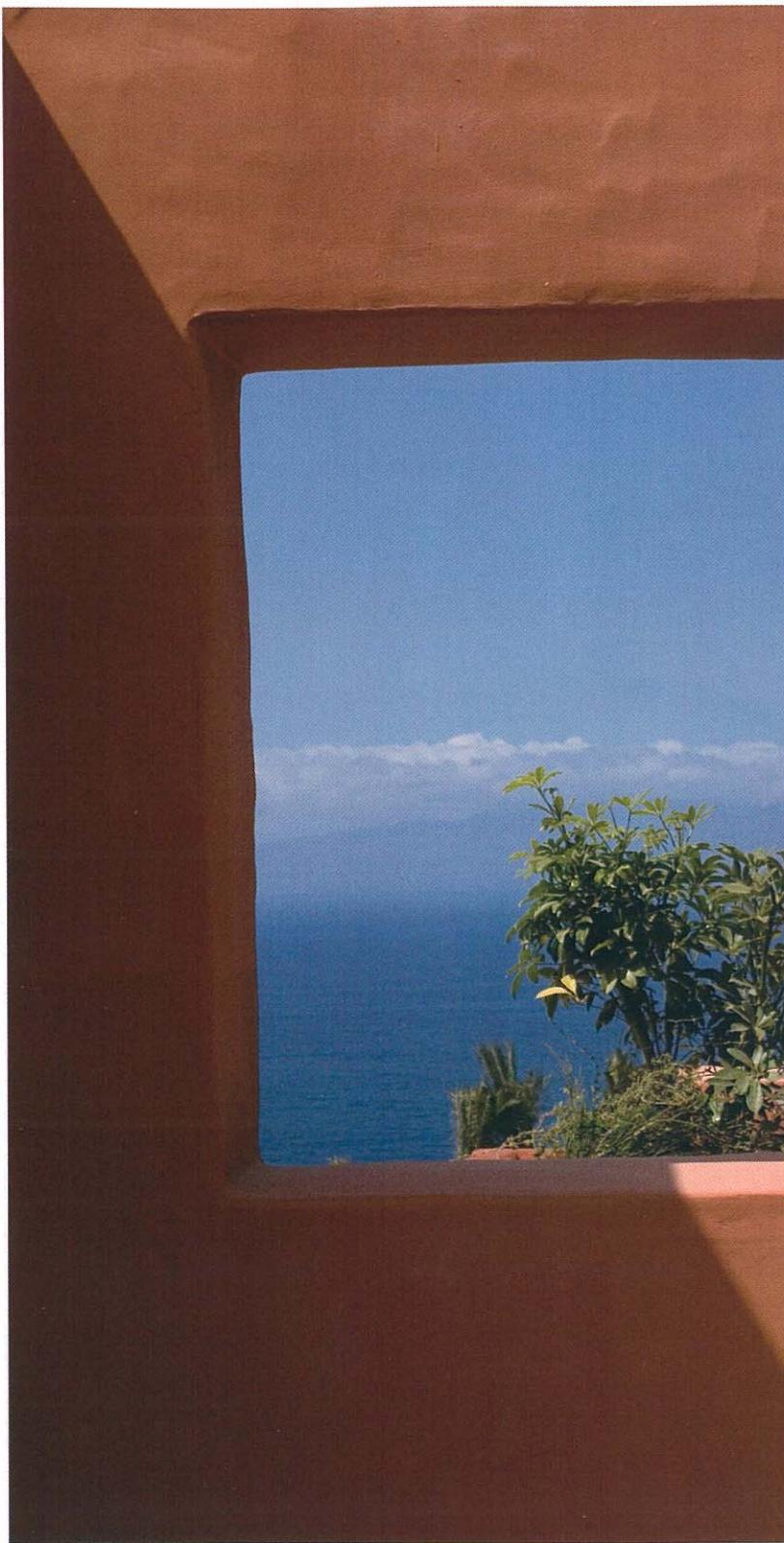
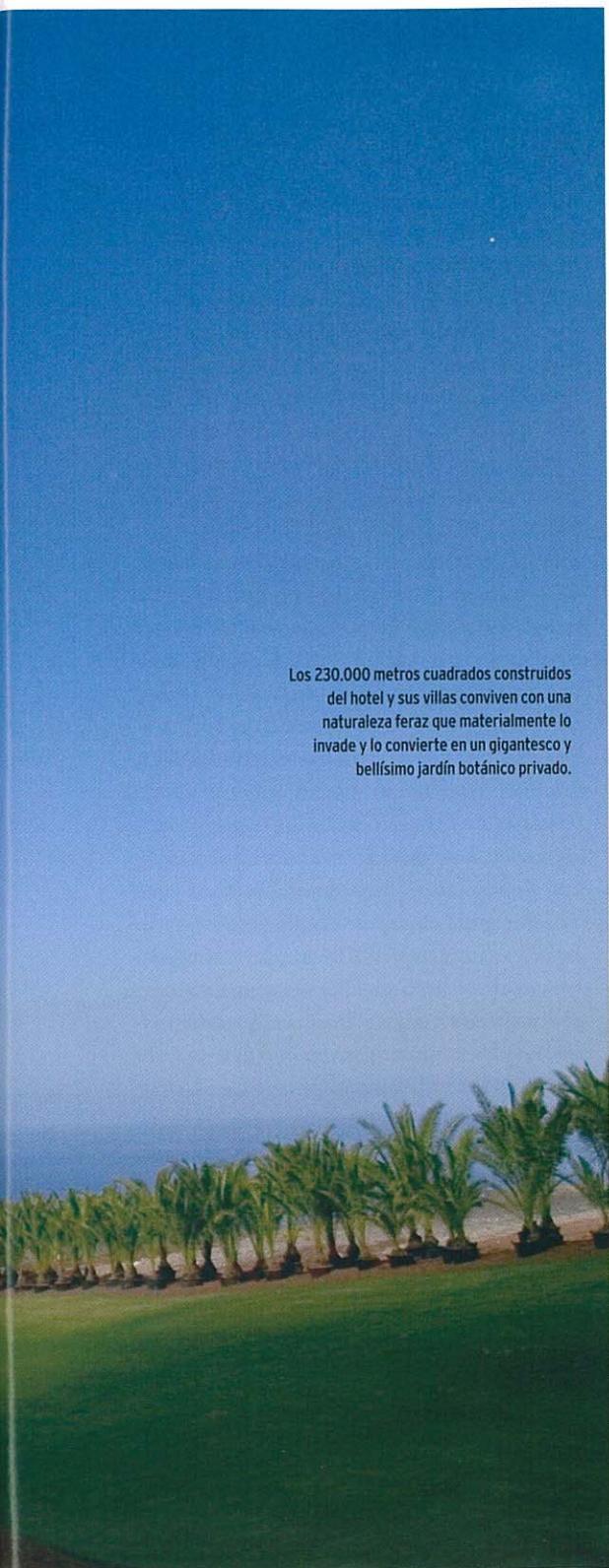


El oasis de la diosa

EL GRAN HOTEL Y GOLF ABAMA, QUE TOMA SU NOMBRE DE UNA ANTIGUA DIOSA AFRICANA, ES UN HOMENAJE A LA NATURALEZA, LA BELLEZA Y LOS ESPACIOS ABIERTOS DE LA ISLA DE TENERIFE.

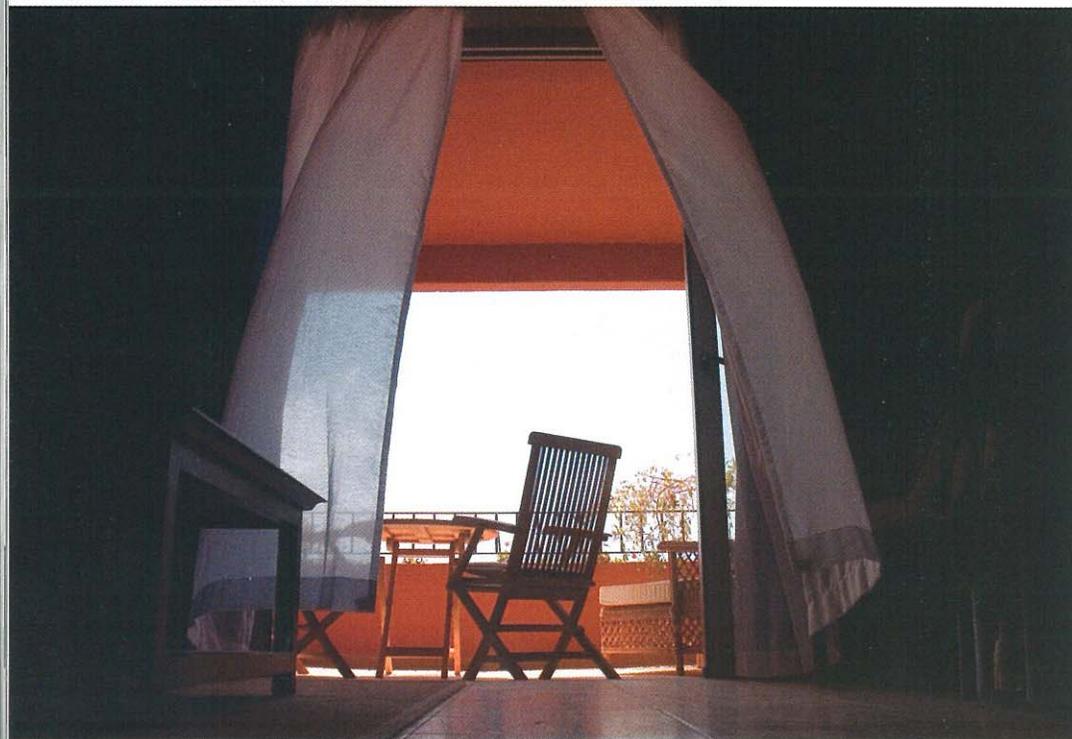
| TEXTO CARLOS FRANZ FOTOGRAFÍA PABLO NEUSTADT |

Los 230.000 metros cuadrados construidos del hotel y sus villas conviven con una naturaleza feraz que materialmente lo invade y lo convierte en un gigantesco y bellissimo jardín botánico privado.



HOTELES

Arriba y en la página siguiente, exterior y detalles de la construcción y del interior de una de las villas del complejo hotelero Abama, en la ribera sur de Tenerife.



Digamos que usted viene desde Santa Cruz de Tenerife en dirección a Guía de Isora, por la ribera sur de la isla, cansado del viaje, intentando escapar del mundo, soñando con hallar un sitio diferente. No pierda la ilusión. De ahora en adelante su fe será recompensada. De pronto, irguiéndose en el paisaje semiárido y recortándose contra el Atlántico, verá aparecer un oasis colmado de palmeras y cursos de agua, prados verdes y más de cien mil plantas de todos los tamaños y procedencias. ¿Una visión? ¿Un espejismo? Lo que sea no acabará ahí. Surgiendo de ese oasis se perfilarán contra el cielo las torres de una ciudadela magrebí, de una kasbah, como si usted hubiera sido trasladado mágicamente a las laderas del Atlas. Torres y balcones color de terracota, de un tono que los pintores llaman tierra de Siena, pero que en esta isla podría decirse que es la sangre mítica del Drago, el árbol centenario que preside la entrada principal de Abama.

Ese oasis de ensueño es el nuevo Gran Hotel y Golf Abama, que toma su nombre de una diosa magrebí cuyo culto llegó hasta estas islas desde África. Diosa del hedonismo, comprobará usted, cuando pasee por el suntuoso templo que se le ha edificado aquí, cuyas cinco estrellas se hacen pocas para un lujo que supera a todos sus rivales turísticos.

La bendición de esa diosa le dará la bienvenida a cada paso. Una inversión de 230 millones de euros —gastados con más gusto que exceso— favorece la perfecta integración de esa “ciudadela magrebí” con la naturaleza y tradiciones isleñas. Los 230.000 metros cuadrados construidos del hotel y sus villas conviven con una naturaleza feraz que no sólo lo rodea, sino que materialmente lo invade convirtiéndolo en un gigantesco jardín botánico privado. Los enormes viveros donde se cultivan las plantas que pueblan el oasis ya han atraído a miles de pájaros y dulcificado el aire salino del mar, de modo que cuando usted respire la primera brisa de Abama descubrirá que tiene otra fragancia: el aire impoluto de Tenerife, aromatizado por una síntesis de las más de trescientas especies tropicales traídas de todo el mundo.

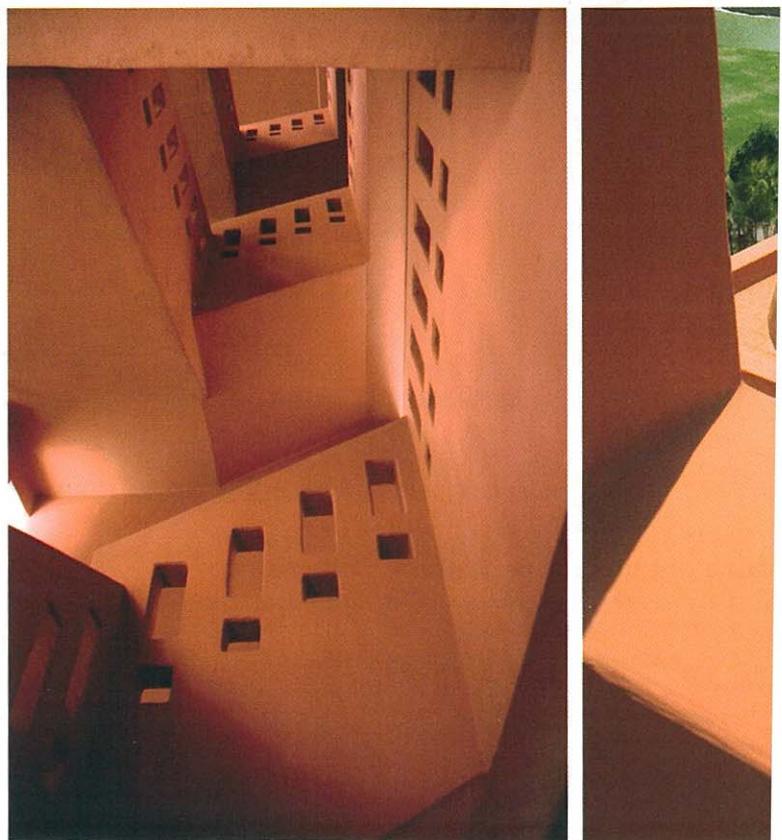
230 MILLONES DE EUROS, GASTADOS MÁS GUSTO QUE EXCESO, FAVORECE PERFECTA INTEGRACIÓN EN LA NATU

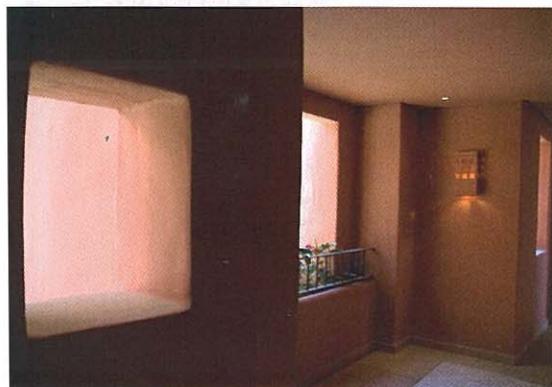
Al llegar a Abama, bajando por una ladera del Teide, usted confirmará la ilusión de entrar a un oasis –privado– de más de ciento sesenta hectáreas cultivadas que descienden en suaves lomas hasta el mar. Cuando finalmente arriba a la ciudadela del hotel y, pasando la recepción, se asome a la plaza rodeada de cascadas, usted ya estará definitivamente capturado para el culto de la diosa. Esta plaza es el corazón del “templo de Abama”. Todo el edificio y sus saltos de aguas convergen hacia ella, en cuyo fondo hay una laguna donde nadan las codiciadas carpas koi. Su llegada adquirirá un definitivo tono místico cuando compruebe que la Puerta del Sol –un inmenso pórtico de proporciones faraónicas que enfrenta esta plaza– enmarca con precisión astronómica el crepúsculo del astro rey en un atardecer de verano.

El lujo como estándar

Su cuarto no desmerecerá la sofisticación de esta llegada. Suponiendo que usted haya escogido una de las trescientas habitaciones estándar –todas diferentes–, se llevará la sorpresa de encontrarse con una verdadera suite. Según el estilo del cuarto que haya escogido tendrá paredes forradas en seda cruda o biombos empotrados en los muros. Y en todas ellas pisos de mármol, un armario vestidor que se une –merced al virtuosismo del arquitecto– con las puertas dobles del baño, creando un aposento suntuoso y una amplia terraza desde la que invariablemente se divisa el mar. Tomando su copa de bienvenida usted empezará a sospechar que así es todo en Abama: lo que en otros sitios es lujo, aquí es el estándar.

Ahora bien, si su destino es una de las cinco suites presidenciales, su visita a este “templo” adquirirá dimensiones de leyenda: gran salón y comedor con baños para visitas, dormitorios con *walking closets*, terrazas de cien metros cuadrados con comedores de verano bajo cúpulas donde podrá cenar a la luz de las velas lo que le traen del restaurante Kabuki o del Gourmet (con su chef tres estrellas Michelin). O podrá, simplemente, pasar la tarde en su propia piscina jacuzzi. Asomando de una de ellas con un cóctel en la mano, el feliz inquilino tendrá una





visión de aquello que la diosa Abama prodigó en esta parte de Tenerife. Al frente, la isla de La Gomera, difuminada por la calma, amansando el vacío cósmico del Atlántico; un poco hacia atrás, sobre las torres marroquíes de Abama, el pico nevado del Teide siempre presente; y allá abajo, a la derecha, los farallones del Acantilado de los Gigantes. Si viendo todo eso usted no inclina un poco la cabeza y medita en su –buena– suerte, es posible que la diosa no vuelva a admitirlo en su templo el próximo año.

Gozar en el templo

Dicen que todo paraíso tiene su serpiente. Pero aquí, en Abama, usted comprobará que la serpiente del aburrimiento y el hartazgo ha sido desterrada por la sabia diosa del lugar. Disimulado en el oasis, se le revelará uno de los campos de golf más atractivos del mundo. Dieciocho hoyos (par 72) diseñados nada menos que por Dave Thomas, en una proeza de ingenio. Por ejemplo, usted se sorprenderá al saber que aunque los links se encaraman hasta alcanzar la cota de 315 metros sobre el nivel del mar, ninguno tiene –milagrosamente– más de un diez por ciento de pendiente, como manda la regla de oro en el golf. Sea cual sea su handicap, los cuatro *tees* por hoyo le harán el campo aún más amigable. Y para profundizar esa amistad usted podrá recorrerlo en *buggies* provistos de GPS cuya pantalla le irá mostrando la distancia exacta hasta el green respectivo, su posición, y hasta le dará consejos profesionales sobre cómo atacarlo! Mientras usted conduce y juega, el paisaje se irá desplegando a sus pies, perfectamente punteado por las lagunas

y los bunkers de arena marmolina, cegadoramente blanca. Es posible que usted no lo note –pues de eso se trata, de gozar sin darse cuenta– pero el virtuosismo del diseño golfístico llega a tanto que las lagunas invisibles desde los *tees*, por efecto de la pendiente, han sido ingeniosamente marcadas por las cascadas que se precipitan en ellas, de modo que usted no sume golpes indebidamente.

Si lo suyo no es el golf, tendrá un club de tenis. O podrá subir hasta el pueblito artesanal donde artistas de la zona le ofrecerán sus obras. O quizá querrá sentarse en una biblioteca surtida con libros y periódicos en diversos idiomas. O podrá escoger entre las siete piscinas, o descender en el funicular privado hasta el fondo del barranco, donde ciento diez metros de una playa privada con arenas encarnadas –traídas del Sahara– lo aguardan.

Por si fuera poco, en los 2.400 metros cuadrados del Wellness & Spa –creado por los inspiradores del famoso The Sanctuary, de Londres– usted y su pareja hallarán experiencias a las que sería avaro llamar sólo “bienestar”: cascadas para masaje, baños de vapor herbal, tratamientos con aloe vera y piedras volcánicas... ¡Y hasta un iglú!

Y por último, si en algún momento siente la tentación –inexplicable– de abandonar este oasis de placer, podrá pedir que un yate lo lleve desde el embarcadero propio de Abama para ver la familia de ballenas Calderón que nadan todo el año frente a estas costas. O ir en helicóptero hasta la isla de La Gomera, para probar otro campo de golf. Y quizás, de vuelta, el piloto lo subirá hasta el funicular del Teide para observar la gloriosa vista del archipiélago canario.

Pero si usted me pregunta a mí, yo no me movería de la vera de la diosa. Mi elección personal sería cenar en la terraza del restaurante La Proa, al borde del acantilado, acariciado por los alisios, al final de una jornada de goce en este oasis. Y al ver despuntar la primera estrella sobre el mar, yo que usted haría un brindis muy sentido con champagne en honor de la diosa Abama, que ha sido, otro día más, tan generosa con sus fieles. **®**

www.abamahotelresort.com

La “arquitectura del vacío” de Melvin Villarroel

El premiado arquitecto Melvin Villarroel vuelve a realizar en el Gran Hotel Abama la proeza que ya antes ha logrado en tantos lugares del mundo (entre otros, en el famoso Hotel Puente Romano, de la Costa del Sol), aplicando en él su principio de “arquitectura del vacío”. Un concepto que valora los espacios que dan realce, perspectiva y “aire” a lo edificado.

La clave de esta idea es la Naturaleza: “En mis edificios me ocupo tanto del 25% edificado como del 75% que los rodea, llenándolos de vegetación. Esa vegetación maravillosa que me marcó en la frontera de Bolivia y Brasil, y en el sur de Chile, cuando comenzaba mi andadura como arquitecto”. Su idea de un diseño integral para cada proyecto se refleja en el cuidado extremo de los detalles. En Abama, el rojo de los muros evoca el tono de la piedra volcánica, el “picón” de la isla. Mientras, los edificios de la ciudadela magrebí que alberga al hotel se orientan, sin que se note, hacia los puntos más atractivos del “oasis”, que disimula el campo de golf.